

¿Salida de la crisis o maquillaje estadístico?

Lecciones no aprendidas

Suplemento del Cuaderno n. 190 de CJ - (n. 224) - Septiembre 2014
Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona - 93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

¿Por qué no aprendemos?

Las experiencias de sufrimiento encierran la posibilidad de aprender. Comprender (y lamentar profundamente) lo ocurrido, aprehender lo fundamental; discernir qué ha sido lo que ha generado ese sufrimiento y cómo enfrentarnos a él; cómo resurgir desde el dolor para reconciliarnos con otros y con nosotros mismos y evitar reproducir errores en el futuro. Y en este sentido, la crisis, ha supuesto una oportunidad.

Evidentemente, ha supuesto también más cosas; especialmente para sus víctimas. Desconcierto, incomprensión y desconfianza en un primer momento; y más adelante, pérdidas, rupturas, sueños truncados, vidas a las que se les ha arrebatado la esperanza, golpeadas en el presente e hipotecadas para el futuro. Miedo y sensa-

ción de impotencia frente a la impunidad de una lógica aplastante, capaz de pisotear a quienes hicieron aquello a lo que se les animó. Abandono a su suerte a pesar de haber seguido una hoja de ruta prefijada por otros, la cual fue digerida –eso sí– sin aparente cuestionamiento crítico.

Pero como hemos dicho, al menos, de tanto dolor, nos queda la esperanza del aprendizaje. Siempre que el mismo no nos invite a reproducir fielmente los errores que nos llevaron al punto de partida. Y en este sentido, da la sensación de que esta crisis de corte claramente estructural, sitúa en el horizonte un pasado al que anhelamos retornar, como si pudiéramos una segunda oportunidad, sin comprender que las condiciones de entonces encerraban un único destino posible: el que ahora padecen muchos y parecen no ver otros.

Vivimos en un espejismo

La crisis que iniciara su andadura a finales de 2008 no ha sido causa sino consecuencia. Ha sido la concreción de un modelo que prometía las certezas endebles de todo espejismo. Basada eso sí, en estadísticas incuestionables. En parámetros difícilmente refutables que hablaban de un contexto inmejorable: un crecimiento económico (en términos de PIB) por encima de la media europea; una generación de empleo (más de cinco millones) que nos situaban como referencia a imitar.

Aparentemente, estábamos «haciendo los deberes» como alumnos aplicados. De ahí el desconcierto experimentado cuando apenas unos meses más tarde, veíamos desmoronarse nuestro castillo de naipes; ese al que habíamos confiado nuestro presente y sobre el que queríamos construir nuestro futuro. ¿Cómo entender lo sucedido? Si realmente éramos referentes en generación de riqueza y creación de empleo para la mayoría de los Estados miembro de la UE, ¿qué había ocurrido entonces?

Son muchos los estudios llevados a cabo que evidencian lo sucedido. Explicaciones que apuntan claramente a las debilidades ocultas tanto de nuestra economía en general, como de nuestro modelo productivo en particular. Decisiones políticas que no hacen referencia a un programa político concreto, sino a un modelo que asumía como propios todos y cada uno de los preceptos de la lógica neoliberal, y en particular de la economía financiera más especulativa.

Lo cierto es que, en esos mismos años en los que los macroindicadores económicos decían que todo estaba «bajo control», en España dejaba de reducirse la tasa de pobreza, el 44% de la población experimentaba episodios puntuales de pobreza relativa, el 50% estaba afectado por problemas de privación material o por indi-

cadores de exclusión social. Es decir, en el mejor contexto posible –según los indicadores que gobiernan habitualmente el imaginario colectivo– se acumulaba en nuestra estructura social una serie de problemáticas que hacían del nuestro, un modelo de fragilidad y vulnerabilidad.

Y es este contexto el que dio muestras de su debilidad ante el primer embate de la crisis. El estallido de la burbuja inmobiliaria, el incremento de la tasa de pobreza y de exclusión social, o la polarización social y económica (en términos de renta y de acceso a derechos), son solo algunas de las manifestaciones más inmediatas.

Una recuperación basada en la precariedad

Desde entonces, hemos asistido –trimestre a trimestre– a un proceso de destrucción masiva de empleo, pasando de una tasa de paro del 8 al 26% en apenas 5 años. Un «paro» que, a diferencia del que hemos tenido en crisis anteriores (mediados de los 90) resulta mucho más estructural, pues afecta en mayor medida a los sustentadores principales (y no tanto a los sueldos complementarios del hogar). De los cinco millones de puestos de trabajo creados entre 1994 y 2007, más de tres fueron empleos precarios. Empleos que protegen de forma insuficiente, que atrapan y cronifican, y que se destruyen fácilmente ante el cambio de ciclo económico.

Resulta entonces evidente que la apuesta por la precariedad, genera precariedad. Un crecimiento que no está orientado al desarrollo, puede incrementar el PIB, pero no construye una sociedad más desarrollada. La generación de millones de puestos de trabajo precarios, mejora considerablemente las estadísticas, pero no implica la existencia de un modelo de empleo integrador.

Y el peligro más grave que encierra el contexto actual, es que aquel pasado se atisbe como el lugar al que ansiamos regresar. Confiamos ciegamente en el crecimiento y la generación de empleo como medidas para superar la crisis. Sin exigirles apellido alguno. Crecimiento, empleo y punto. Olvidándonos de pedirles que el primero sirva al desarrollo y el segundo sea digno. Es decir, que sirvan a las personas y no a las estadísticas o a la lógica económica.

Escuchamos voces que en el momento presente apuntan a la salida inminente de la crisis. Independientemente de que este discurso pueda ser más un anhelo que una constatación real, esperamos que así sea. La crisis –ya lo hemos dicho– se ha hecho muy larga para muchas familias. Demasiado. Especialmente para las de rentas más bajas. Han sido ellas las verdaderas perdedoras de una crisis que no es verdad que hayamos sufrido todos por igual.

Por este motivo, nada podemos desear más que estar presenciando los últimos días de una crisis profunda. Pero, a qué final se refieren quienes así lo proclaman. ¿A un final que, como el crecimiento anterior, se refleja más en los indicadores macro, que en el día a día de las personas? ¿A un final que pivota sobre un nuevo modelo de fragilidad y derechos no garantizados?

Cifras que desvelan, cifras que esconden

Lo que está en juego no es si asistimos al final de esta crisis, sino cómo queremos salir de la misma. La estadística es una herramienta que puede ser utilizada tanto para desvelar como para esconder la realidad. Es posible sustituir dos puestos de trabajo bien remunerados y a jornada completa, por tres a media jornada y con condiciones precarias. Eso, sin duda, su-

pone un puesto de trabajo más, pero menor cantidad de horas de empleo. Podemos asistir –como es el caso actual– a un descenso de la tasa de pobreza y que no sea consecuencia de que estén mejorando las condiciones de vida de las familias, sino el efecto estadístico que supone el descenso medio de la renta (que ha pasado de 17.042 euros por unidad de consumo en 2009 a 15.635 en 2013, según la última Encuesta de Condiciones de Vida del INE), y por tanto del umbral que determina qué hogares son estadísticamente pobres.

Si el descenso de la tasa de pobreza relativa no se debiera a estos efectos, habría otros indicadores que darían consistencia a este proceso. Más bien al contrario, nos encontramos con que el porcentaje de hogares con carencia material severa se ha incrementado en el último año, pasando del 5,8 en 2012 al 6,2 en 2013. El descenso medio de la renta, unido al incremento de precios experimentado en los últimos años, rebaja claramente el poder adquisitivo de los hogares, y a esta situación hay que incorporar el considerable incremento del número de hogares sin ingresos: 643.000 en 2012, 737.000 en 2013 y 769.000 en 2014 (según recoge la Encuesta de Población Activa para el primer trimestre de cada uno de estos años).

No, a un modelo fracasado

Una sociedad que ve cómo se incrementa la desigualdad y cómo se debilitan las políticas que garantizan que asumamos colectivamente los riesgos individuales, no está saliendo de la crisis. O lo está haciendo olvidándose definitivamente de los más débiles, lo cual le resta talla moral y esencia democrática.

Las medidas para atajar los problemas ocasionados por la crisis, están predefinidas en el ideario neoliberal: recortes sala-

riales, reformas laborales, reducción de prestaciones, reformas sanitarias... No se deben a ocurrencias particulares de gobiernos concretos. Son lógicas que responden a modelos ideológicos y de gestión. Y que se basan en lo que podríamos denominar como el paradigma del *Modelo Inviabile* («Todo se debe a que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades»).

Pero existe otra interpretación posible: la del *Modelo Fracasado* («En lugar de la persona, se ha puesto la economía en el centro de nuestra sociedad»). No se trata de hacer políticas de ajuste mientras se invita constantemente al consumo exacerbado, sino de reconocer el valor de aquello que se escapa a la lógica de los precios. Se trata de cuestionar todo aquello que vulnere la dignidad de las personas y que tilde de ingenuas aquellas iniciativas que persiguen el bien común.

Resulta incomprensible que se tache de utópicos y poco realistas a quienes se revuelven ante el crecimiento de la desigualdad y ante el deterioro de «lo público»; y especialmente que lo hagan quienes defienden un modelo que claramente ha constatado su fracaso, pues no es capaz de hacerse cargo de millones de personas (vecinos, hermanos... no ya datos estadísticos) a las que además se responsabiliza directamente de su situación.

Un modelo que ensalza el papel de la sociedad civil en el cuidado de sus prójimos, de la misma forma que enarbola la bandera del aseguramiento privado o del emprendimiento. Invitando a resolver individualmente problemas de carácter estructural. No por reivindicar el papel protagonista de los ciudadanos en la cons-

trucción social, tampoco por buscar ese empoderamiento democrático de una sociedad implicada y corresponsable, sino por la necesidad de rellenar el vacío ocasionado por el adelgazamiento institucional llevado a cabo en forma de recortes.

Sólo saldremos de la crisis... si hemos aprendido

Si somos capaces de entender que la economía o es para las personas o es injusta y excluyente, tal y como ha señalado el Papa Francisco. Si somos capaces de comprender que no seremos una sociedad verdaderamente democrática si la política no es capaz de gobernar a los mercados (y no al contrario) y, sobre todo, si no nos ocupamos de todas las personas, especialmente de las que más sufren. Que nuestra «talla moral» no viene medida por el PIB, sino por nuestra radicalidad democrática y comprometida con el prójimo, con el hermano. Si hemos comprendido qué errores cometimos en el pasado y si acertamos a elegir sobre qué elementos construiremos nuestro futuro inmediato.

Si no, mejoraremos nuestra estadística, escaparemos de aquellos síntomas superficiales que denotan la existencia de problemas de hondo calado; pero daremos la espalda a un modelo de sociedad que, además de posible, es reflejo de una sociedad profundamente ética. Y lo que es peor, daremos la espalda a las víctimas de la crisis. Los de la actual, y los de las venideras.

Francisco Lorenzo
*Coordinador de Estudios
de Cáritas Española*